

BENITO PEREZ GALDOS

LA FE
NACIONAL

DISCURSO

BIG
860-5
PER
fe

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1965



*(Palabras pronunciadas por Pérez Galdós en el banquete
celebrado en su honor por la colonia canaria en Madrid,
el día 9 de Diciembre de 1900.)*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	486544
N.º Copia	486548

BENITO PEREZ GALDOS

LA FE NACIONAL

DISCURSO

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1965

Núm. Rgto. G. C., 16—65
Depósito Legal G. C., 611—1965

NOTA

El 9 de Diciembre de 1900, se reunían en torno a Galdós, más de cincuenta comensales, canarios casi en su totalidad, para celebrar la salida del tomo de «Las Bodas Reales», el último de la tercera serie de los Episodios Nacionales. Este era el pretexto; las razones eran otras.

Las Canarias habían pasado dos años antes, por el peligro de la guerra con los Estados Unidos; y al terminar el tratado de París con nuestros últimos retazos coloniales, las Islas volvieron a sonar en esferas parlamentarias y en las cancillerías. Las grandes potencias comenzaban su caza de bases estratégicas, y el Archipiélago era objetivo de gran valía. Por otra parte, se habían registrado en Las Palmas y en Santa Cruz de Tenerife sucesos lo-

cales, cuyos protagonistas solían ser militares repatriados de Cuba o Filipinas... Se respiraba malestar, y la prensa insular de aquellos años refleja muy bien este clima de protesta y de inquietud. En algún periódico madrileño se comentó más con ignorancia que con malicia, el bajo patriotismo insular y hasta se llegó a especular, entre regletas de imprenta, sobre la posibilidad de venta o de arriendo de las islas a una potencia extranjera.

El banquete del mes de Diciembre, en homenaje a Galdós, era una réplica contundente de la colonia canaria residente en Madrid a las cábalas periodísticas. Y Galdós, con voz autorizada, supo dictar una hermosa, una de las más hermosas lecciones de amor a la Patria que él, maestro en españolidad, pudo haber escrito. Porque esta vez, la lección iba a ser escuchada por sus paisanos, aunque él, novelista al fin, la pensaba para la masa invisible de sus lectores.

Por aquellos mismos años, Galdós había escrito a Fernando León y Castillo, embajador español en París, y se había hecho eco del malestar y de la zozobra insulares. Y en una carta, de tonos casi noventaiochescos, precisamente por el dolor de España que respira, Galdós repite una y otra vez la palabra «optimismo». Ya que no en vano su espíritu de augur presagia-

ba para España, y los deseaba ardientemente; años de luz y de gloria. El mismo tono profético que alentaba las páginas de los Episodios de la Segunda y Tercera serie.

... Cuando el profesor *Hinterhäuser* estudia, con tanta maestría, «el amor a la Patria y el patriotismo», de Galdós, olvidó o no conoció esta definición de la Patria que casi corresponde con la antológica de «Trafalgar»: «conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la historia». La Patria concebida como un conjunto de hechos y de recuerdos, formada con la amalgama de lo hermoso y lo feo, enriquecida con el hálito de religión de la Humanidad o, en palabras de Casaldueiro, de sublimación de lo espiritual, el signo constante de la obra galdosiana después de 1900.

Otra nota, el pesimismo, contra el que lucha la epicidad de Galdós. Porque no de otro modo, sino con un sentido épico, grandilocuente y ejemplificador, Galdós pinta el amor de la Patria en los corazones insulares; repitiendo sus palabras: «contribuiremos a formar lo que hace tanta falta: la fe nacional». Confianza en el porvenir, firmeza en los sentimientos más hondos y más puros, pa-

triotismo sin patriotería, tal fue la síntesis de este olvidado texto galdosiano. Un texto, no hace falta repetirlo, en el que se conjugan maravillosamente la canariedad de Don Benito y la españolidad de Galdós. Fértil savia que sólo un tronco robusto como el suyo podía tenerla en abundancia.

DISCURSO

En la fiesta con que me honráis, quiero y debo ver, más que el aplauso de mis lectores, el cariño de mis paisanos, y así lo declaro sin pararme a indagar el motivo de tan grandes honores, ni a discernir si me los tributáis con justicia o sin ella. Me basta ver y sentir este cariño; a él correspondo con mi gratitud, y quisiera que vuestros sentimientos y los míos, unidos en un solo haz, recayesen sobre nuestra tierra, para que a ella vuelva todo lo que de ella ha salido, y sea suyo todo lo que de derecho le pertenece.

Al propio tiempo, no puedo menos de creer que vuestras miradas pasan por encima del compatriota a quién tributáis homenaje tan desmedido, y se dirigen en busca de más altos ideales,

abarcando extensiones más amplias que las de nuestro querido Archipiélago. Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia.

Pues bien: aquí, en la intimidad del patriotismo regional, familiar, casi doméstico, me permito asegurar, en nombre de todos los que me escuchan, que en nosotros vive y vivirá siempre el alma española, y hoy más que nunca es necesario que así se diga, como remedio reconfortante del pesimismo y las tristezas enfermizas de la España de hoy.

Ensanchemos acá y allá nuestros corazones, tengamos fe en nuestros destinos, y digamos y declaremos que no se nos arrancará por la fuerza, como rama frágil y quebradiza, del tronco robusto a que pertenecemos. No creamos en la posibilidad de que pueda haber una mano extranjera con poder bastante para cortarnos o desgajarnos, y ha-

cer de nuestro Archipiélago una lanza que no sea española.

Imprudente y peligroso es hablar tanto de embestidas de extranjeros codiciosos. España sufre pesadillas, en las cuales sueña que la despojan, que la mutilan y amputan horrorosamente. Esto es absurdo, es pueril, y revela un decaimiento de ánimo y una pobreza de vitalidad que, sin correctivo enérgico, nos llevarían a la muerte.

Contra este pesimismo, que viene a ser, si en ello nos fijamos, una forma de la pereza, debemos protestar confirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, negando que sea la violencia la única ley de los tiempos presentes y próximos, y declarando accidentales y pasajeros los ejemplos que el mundo nos ofrece del imperio de la fuerza bruta.

Ahora que la fe nacional parece enfriada y oscurecida, ahora que en nosotros ven algunos la rama del árbol patrio más expuesta a ser arrancada, demos el ejemplo de confianza en el porvenir. No seamos jactanciosos, pero tampoco agoreros, siniestros y fatídicos.

Nosotros los más chicos, seamos los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y abolengo histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos

los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria.

De este modo contribuiremos a formar lo que hace tanta falta: la fe nacional. Cada cual en su esfera, grande o chica, debe ayudar a formarla y robustecerla, pues sin esa gran virtud, no hay salvación posible para las naciones. Seamos, pues, los primeros y más fervorosos creyentes, y declaramos que el Archipiélago canario, centinela avanzado de España en medio del Océano, conoce bien las responsabilidades de su puesto, y en él permanece y permanecerá siempre firme, vigilante, sin jactancia ni miedo, confiado en sí mismo y en su derecho, sintiendo en su alma todo el fuego del alma española, que siempre fue el alma de las grandes virtudes, de aquellas que superan al heroísmo o en su forma más espiritual: la paciencia y el cumplimiento del deber—digo—y el cumplimiento más estricto del deber.



ESTE LIBRO, CUYA EDICION CONSTA
DE CUATROCIENTOS EJEMPLARES, SE ACABO
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE PEDRO LEZCANO,
PASEO DE TOMAS MORALES, 17,
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
EL DIA XII DE OCTUBRE
DE MCMLXV.